

ORDEN Y LIBERTAD EN EL MUNDO OCCIDENTAL DE NUESTRO TIEMPO

Otilio Flores Corrales

El ser del filósofo parte de no tener
un ser determinado y si lo tiene debe
abandonarlo,
es el que lo deja todo.
[...] Luego, cuando aparece, su figura
es indecisa y confusa,
despierta sospechas.
María Zambrano

No se expone una historia de los conceptos *orden y libertad*, sino que se piensa sobre ellos en el contexto del mundo Occidental de nuestro tiempo.

Tampoco es una historia, ni una síntesis de lo que se entiende —contemporáneamente— por tales conceptos, debido a que global y mundialmente los conceptos son más, mucho más que ser sólo occidentales. Es, pues, imprescindible abarcar al pensamiento Búdico, al

ortodoxo griego (de raíces bizantinas), al asiático complejo, al universo de Africa ... o étnicamente hablando, al indígena americano para hablar genéricamente sobre estos conceptos en términos mundiales.

Pretender penetrar en aspectos históricos sobre lo que ha implicado la Libertad, nos llevaría mínimamente semestres enteros para profundizar en su variado y rico ramaje.

Se trata de una meditación y de una reflexión sobre estos conceptos y fenómenos, pensándolos occidentalmente en nuestros contextos contemporáneos.

Es una explicación, una visión, un balance a propósito de estos conceptos y de estos tiempos sobre lo que *somos nosotros*, sobre el mundo en que vivimos como Naciones, como Países, como culturas y hombres en este mundo de carne y hueso, metafísico o no; sobre lo que podemos o no percibir.

Pero ¿qué son, pues, estos conceptos y fenómenos?

Orden es educación (es efecto y causa de la cultura), es obediencia, es Estado; es conflicto y consenso. El conflicto es un encuentro y no necesariamente es la guerra, aunque la guerra sí sea un conflicto. *La guerra es la paz; la paz es la guerra*. Pero ¿qué es la guerra? (es alteridad violenta, legal y extralegal, naturaleza humana olvidada —los hombres hoy no son más violentos, no porque no quieran sino porque no pueden— o porque el carácter les abandona o no les pertenece), ¿qué es el *pólemos*? (es diálogo, es sofística que triunfa sobre el discurso ajeno), ¿qué es la paz y qué diferencias hay entre ésta (es decir, la paz) con la muerte si ambas son quietud? La guerra perpetua es la vida, es una conquista continua: el orden militar es sólo un efecto de la vida política.

Libertad es ética, estética, es autoconocimiento de nuestros propios límites; es una conquista —porque no es sólo “lo posible”—, es límite, es frontera (fronteras nacionales y jurídicas... morales... éticas, políticas, culturales...), es derecho y a la vez es alteridad: por lo tanto, es causa y efecto de alteridad, de causalidad, de teología y de azar. *Libertad es orden político*.

La inteligencia, en cambio, es el movimiento del conocimiento como materia prima del movimiento del mundo: la inteligencia es el conflicto porque la inteligencia mueve al saber (¿no es acaso el saber

el temor de Dios?). El conflicto fundamental entre los hombres radica en el conocimiento, en el conocimiento como saber, en la conciencia. Y de la conciencia pasamos súbitamente a los fundamentalismos, a los radicalismos.

Los problemas básicos de estos conceptos cuando se viven, son varios. Entre ellos podemos resaltar que el orden es la guerra, es el poder (la naturaleza humana es la maldad y la servidumbre), es el orden, el orden militar y académico bajo la óptica de un estado de naturaleza salvaje como contemporáneo. El orden se contrapone al caos (y por tanto, ¿a la genialidad?). La genialidad está fuera de la normalidad, de la formalidad: fuera del pensamiento formal (científico, metódico, universitario...).

El orden es la guerra porque es la lucha por el poder (político, científico) que sustenta su columna vertebral en el placer y en la moral. El orden es el sentido y principio ético que se antepone como esencia a la Libertad en sí, pero libertad y orden, no son necesariamente contrarios.

La libertad es el derecho. Es la moral, es “la normalidad”. La libertad es una contradicción en sí. Es un querer frente a un deber. Occidente ha descartado una libertad que no cabe dentro de “la conciencia”, es decir, de “lo institucional”.

Pero mientras el orden busca un sentido, la libertad lo crea, lo inventa. *La libertad de nuestros días se rige por el placer y por el dinero* (como sentidos casi unívocos) como fuentes capitales de la vida contemporánea.

Quo vadis domine, así decían los romanos, ¿a dónde vas señor?; hoy los hombres contestarían “a donde me lleve el dinero, a donde me lleve el placer”. Perdemos así la voluntad. Se va así, sobre un caballo desbocado sin sentido que cae en el primer abismo...

Hoy nos hemos transformado en “libres” porque no nos importa el mundo. Ser libre es ser indiferente. La indiferencia es el síntoma más acabado de nuestros días por excelencia. ¿Por qué la indiferencia? ¿Por qué la carencia de sentido, de interés por el mundo (por el cosmos humano y no humano)? ¿Dónde comenzó “la muerte de Dios” de la que habló —en pluma de Nietzsche— Zaratustra? ¿Empezó acaso en la desesperanza, en la carencia de la fe —característica total— de

la modernidad? ¿O comenzó en la ausencia de la fraternidad, en el vacío heideggeriano que vaticinaba la nada? El diagnóstico es severo y serio.

Tal vez empezó esta indiferente humanidad en la pérdida del humanismo o con mucho más anterioridad... El principio del mecanicismo, de la robotización, de la máquina, del hombre-máquina fue sólo un síntoma como punto culminante evidente. *Tal vez* comenzó con la pérdida de la memoria, con la pérdida de la historia (y, por lo tanto, del porvenir), y por ende, en la pérdida del sentido y de identidad.

El concepto de *orden* busca identidad (*voidad*, lenguaje, etnias, pueblos, razas ...), busca poder, anhela entender —aunque no comprender—, quiere sentido, tiene sed de límites para reducir a lo libre. ¿Quién es libre hoy? Sócrates el ateniense promulgaba que el autoconocimiento es principio de libertad. ¿Quién se conoce a sí mismo hoy?

El de *libertad*, en cambio, desea adquirir (para el que quiere a la libertad) autenticidad, “querer comprender”, desea fiesta, excesos, imaginación, fantasías. La libertad desea ser una conquista (que bello sería experimentar una conquista mutua...) Pero la imaginación de la fantasía contemporánea lleva consigo al placer y al dinero por delante como efecto directo de una barata, e inmediata cosmovisión del mundo humano. La libertad vivida sin contenido ha perdido el centro, la referencia (la idea del hombre moderno): el eje y el exceso se transforman en la angustia de la humanidad, se convierten en “el miedo” de ser libre.

Y al perder el centro se pierde el retorno; al perder el centro no hay el “a dónde”.

Se ha perdido —en estos conceptos— *el querer entender, el poder comprender* “al otro”. No nos importa entender a nadie, no nos importa por lo tanto respetar a nadie y, en consecuencia, no nos importamos a nosotros mismos. La hombría se pierde por el interés de la materialidad, frente a la casi nula espiritualidad del hombre que somos como esencia. No deseamos comprender al mundo, sino dominarlo. Y esto no es posible.

Y sin embargo, el mundo no es el caos originario; es más bien sólo un *a priori* que heredamos cómodamente y que no nos basta repetirlo, por no volver a inventarlo.

Estos conceptos (orden y libertad) han perdido la vitalidad. Nos

hemos interesado mucho más por los nombres que por las cosas, por la formalidad que por la ontología; la lógica ha prevalecido sobre la vida, así como la técnica frente al pensamiento. Hemos perdido la memoria frente a la velocidad de la vida. Nos ha quitado memoria la fugacidad de la vida.

¿Qué nos ha pasado? ¿Qué fundamental aspecto ha sucedido? ¿Por qué así las cosas si existe el pensamiento? ¿Por qué la guerra si hay pensamiento político? ¿Por qué la humanidad así, si hay política? ¿La política ha fracasado? ¿El pensamiento y la diplomacia política para qué? ¿Cuáles son los límites del pensamiento y del conocimiento político como acción?

La política no es el pensamiento político. Una cosa es la *epistème* y otra el oficio.

¿Pero entonces *qué* ha sido, *qué* es la política? ¿*Qué* debe ser? Sin duda, *es juego entre inteligencias*, es discurso, es juego entre argumentos, es *dinamis de alétheia*, es movimiento del entendimiento para la acción. La política sustenta su esencia en el *logos*, pero no en sólo palabras. Todo discurso político como esencia política debe estar recargado de hechos concretos. La política no es sofística ni es retórica (el que sólo habla —o usa bien la palabra— es sólo un orador, pero no un político), la política es voluntad y complejidad que maneja el sujeto que detenta poder para ello.

Pero la política ha pasado a ser sólo una técnica al servicio de la eficacia: está mermada por los intereses del dinero y de los capitales financieros bursátiles y financiero. Parece ser más un efecto de la economía que de dirección y estrategia. La política hoy no refleja pensamiento sino causalidad, expresa incluso casi la nulidad del azar.

Estar en política no es tener un puesto. Ser, en política, es cambiar la historia. La política más barata es la que se hace con dinero. Política no es sólo acumulación de información. La política profunda es la que moviliza el pensamiento de todo el mundo, es la que da sentido a personas, países y a Estados.

La política genera a la historia. Pero la historia se ha transformado en un engaño, en una masa moldeable según poderoso en turno; es un espejismo, es una invención, es una construcción y una arquitectura de

sentido (por eso es un efecto de la política), es un consuelo frente a nuestra más absorta y contundente soledad como entes ante el Universo.

La historia, como conocimiento formal, ha olvidado al lenguaje de los sueños, de los símbolos, de la música y del arte, de la fiesta, de la risa, de la vida privada, del amor: en síntesis, de la vida misma; ha olvidado al sujeto, a la persona en nombre de los intereses de Estado.

La historia se ha transformado en la configuración de la forma y del sentido en la estética del poder. Se ha vuelto la creación teleológica del poder "científico" basado en la causa de lo racional. Es el sustento del poder legítimo y hasta legal, efecto sin más del juego de la política y no necesariamente de lo real. No obstante así, esta historia que pretende cohesión y orden unificador es sólo una utopía y a la vez una esperanza.

Como voluntad del poder, la historia se crea en el discurso impositivo de la óptica en turno.

No obstante, la política, más allá del orden (es decir, más allá de la historia, de la razón y del sentido) puede enfocarse como una idea de la libertad.

Pero la libertad, según hemos dicho, es posibilidad de autenticidad, *es una idea ética*, una idea sublime como *antimiseria*. La política es un oficio pedagógico —educativo y formativo—, asunto olvidado por quienes pretenden ingresar a ella de una manera masiva. La libertad como acción política está en inicio, fundamentada en la prueba y en el error. Política como libertad es conocer límites de uno mismo para entender-comprender, construir al "otro"; éste es el origen de la democracia moderna.

La democracia no es sólo un procedimiento aritmético. Es una forma de esclarecer los problemas. Es un nivel cultural de los pueblos para someter y poner en la mesa de trabajo, problemas; la democracia no es la solución en sí misma de ningún problema. La democracia es problematicidad, complejidad, aunque no quiere *a priori* a la verdad, sino sólo a la participación. Luego hay verdad, aunque nada sea cierto.

Hace falta una ontología política (tenemos solamente un mundo lleno de fórmulas lógicas y no ontológicas), hace falta penetrar en el universo de lo óptimo frente a la eficacia. La idea de la responsabilidad

y de una vida honesta, aún es ajena en meridianos geográficos como los nuestros.

La eficacia y el uso de los medios no justifica a los fines. Es indispensable pensar en el arte de la acción política, es básico tener en la mente y en las acciones a la diplomacia.

Para ello, es menester detentar “vocación política”. La diplomacia es mucho más que ser sólo una técnica. ¿Qué es la vocación (manía) política? Es una idea de asumir al contrincante de forma elegante; de construcción de la representación, de la constitución de la otredad, de la formación de la comprensión y del artificio humano.

Se requiere de disposición (disposición es *cogitum*, es decir, conocimiento, *cogitum* es *agape*, *agape* es *yadhjá*, *yadhjá* es amor, es amar... sólo el que conoce es capaz de amar): ¿el que ama no puede equivocarse!?

Retornemos a la vértebra: no hay libertad sin responsabilidad, no la puede haber sin límites. Un hombre sin conciencia no puede ser un hombre libre.

Generalmente los más libres no son los más jóvenes, la libertad no es un síntoma de la ignorancia. Además, la libertad sin la pasión es prácticamente imposible.

El móvil para ser libre, es el gusto, es la estética, es el motor que genera la entrega misteriosa de poseer carácter.

La libertad como acto de conciencia, es amiga de la pasión y de la vocación que suele generar el sentimiento de las circunstancias en un carácter determinado; se trata de una idea del hombre que no renuncie a sus principios. Ser libre no es sólo ser un hombre de libros. La vida cuenta.

Dionisos aún nos habla. La autenticidad asusta, da miedo, la carcajada nos es extraña y la asociamos con la locura: ¿qué hay bajo la máscara, qué hay en los ecos del Dios Griego?, ¿qué abajo de “nosotros”?

La dialéctica y la alteridad humana son el *anti caos*. Queremos globalización y a la vez identidad; macromercados y etnias; internet, tecnologización y artesanías como vidas paralelas. Los cambios del mundo y del hombre están en la visualización de la conciencia. ¿Hasta

dónde hemos cambiado como humanidad? ¿Queremos realmente ser libres? ¿Quién quiere ser lo que no conoce?

Los altos contrastes entre los intereses de Estado demandan alternativas. Y una —en materia político-diplomática— está en la fórmula de la democracia como proceso de entendimiento legislativo, lingüístico, político, conceptual, económico y social. La democracia es la construcción histórica hoy. Aunque la democracia, según hemos afirmado ya, persigue la participación y no los resultados ontológicos: la participación exige la inteligencia, la postura y la responsabilidad, así como la prudencia. De no ser así, ella misma (la democracia) sólo justifica la llegada o el arribo al poder a los Hitlers, a los Fujimoris, a los Hugos Chávez, en los puestos más sensibles de mando.

Esta construcción política, es lingüística. No olvidemos los símbolos ni los consensos porque el lenguaje político es sentido y rumbo. Pero hemos perdido el rumbo y el sentido, otra vez, con la caída de los muros. Ya no hay camino a seguir. ¿Qué nos queda?

En el principio fue “el verbo”... y traducimos de muchísimas formas al verbo. ¿Lo hemos traducido ya por el de “Ciencia”? ¿Acaso ése es nuestro nuevo Dios? ¿La nueva totalidad es esa palabra científico-bendita a quien venerar y por quién emprender las nuevas cruzadas, las nuevas inquisiciones?

Hemos olvidado nuestras profundidades y nuestras capacidades de escuchar al cielo, a las flores y a las rocas... por construir al Estado.

El Estado contemporáneo, el naciente macro-Estado mundial es la autoconstrucción y la falacia más grande pero a la vez la más poderosa. Es la utopía porque concede memoria y olvido, identidad y exclusión. Es el lenguaje de los medios, es la conciencia de la colectividad y de cada individuo. El Estado ha hecho de la inmensa mayoría una carencia de vitalidades, autómatas que caminan sin contenidos auténticos; ha hecho obedientes y serviles a los que llamamos virtuosos, seres religiosos que aman al orden supraterrrenal que nos legó —sobre todo— el mundo greco-hebraico; la esencia vital del orden estamentario nos ha transformado con las patologías de la educación y de la cultura en buscadores de sentido... en ser seres que desconocemos el fenómeno sublime del amor.